

La estatua de ébano

Pilar Llada-Cienfuegos

En una esquina del French Quarter, bajo el calor asfixiante de una tarde de estío, como una estatua de ébano iluminada por el resplandor del sol, emergía la figura de Louis encarnando la esencia misma de Nueva Orleans. Con los ojos cerrados en una especie de éxtasis místico, Louis dejaba que las melancólicas notas de su saxofón se deslizaran por el aire denso y cargado, fluyendo con la rabia del Mississippi. Sus melodías, al igual que la letanía de un cenobio medieval en ruinas, evocaban a las fuerzas ancestrales que seguían habitando entre las sombras desencarnadas de las míticas calles del barrio francés, donde la magia y la música impregnaban todo de sincretismo y ritos ocultos.

Louis tenía la capacidad de alterar la realidad misma con el simple movimiento de sus dedos sobre las teclas de su saxofón y transportar a los oyentes a otros planos existenciales, abriendo portales a dimensiones desconocidas donde los límites entre lo real y lo imaginario se desdibujaban. Su alma, atormentada y sedienta, escarbaba entre los recovecos oscuros de la ordalía en busca de luz y respuestas, como un náufrago a la deriva en un océano de incertidumbres. El misterio y la magia que se desprendían de su saxofón le envolvían en un manto invisible que se extendía desde lo más profundo de su ser hasta el último recodo inexplorado de las noches sofocantes y húmedas de la ciudad del *jazz*. Sus ojos oscuros, profundos como abismos del inframundo, rara vez dejaban atisbar sus pensamientos. Rodeado siempre de un halo impenetrable de misterio, daba la impresión de estar en constante conexión con fuerzas que se escapaban a la comprensión humana.

Nadie sabía mucho sobre Louis. Apareció un día en Frenchmen Street con su sombrero de ala ancha, su saxo y una botella de ron que le mitigaba con su dulce esencia el sabor amargo de las vicisitudes de la vida. La verdad sobre su origen se perdía entre las leyendas que circulaban sobre él por las tabernas y los clubes de *jazz*. Su presencia, sin embargo, era innegable, aunque esquiva y efímera como los efluvios destilados del ron habanero que irrigaba su garganta y acariciaba sus cuerdas vocales. Se instaló un día en la esquina de la Rue Royale, justo debajo de un farol y frente a los balcones coloniales de hierro forjado que le daban a la ciudad del *blues* ese aspecto de elegancia decadente. Allí, en ese rincón de Nueva Orleans, las raíces españolas y francesas se asomaban con descaro irreverente en cada balconada, evocando reminiscencias de las lejanas tierras bañadas por el sol del Mare Nostrum. Sus elegantes barandas, enmarcadas con patrones de encajes metálicos, imitaban la intrincada belleza de las enredaderas retorcidas por el fulgor de la suave brisa sureña. Los motivos florales y geométricos, meticulosamente forjados a fuego y martillo, cobraban vida de entre las brasas incandescentes y las diestras manos del maestro artesano. Bajo la ardentía sofocante de la fragua, igual que en el averno de Dante, cada curva y voluta eran esculpidas con la fuerza del mismísimo Vulcano.

Con ese telón de fondo e incontables historias a sus espaldas, Louis revivía con el hechizo hipnótico de su saxo y su voz tatuada de cicatrices por el humo y el alcohol las viejas melodías sureñas que contenían los lamentos de generaciones pasadas. Desde entonces, se convirtió en una figura legendaria, en un *musicien de rue* guardián de las noches y conocedor de la sabiduría hermética y las artes oscuras. Descifraba los secretos de la vida y de la muerte, como un arcano alquimista domina los elementos y transforma la materia, doblegando las leyes naturales a su antojo.

En el silencio de la noche, se refugiaba en los cementerios de la ciudad vieja. Entre las tumbas cubiertas de musgo y las estatuas de ángeles envejecidos, Louis buscaba inspiración, conversando con los espíritus de los muertos, quienes le transmitían

conocimientos ocultos. Las noches en los cementerios del barrio francés eran el refugio íntimo de Louis, el santuario donde hallaba, entre el reino de las sombras y el mármol antiguo de estatuas quebrantadas, la musa que le ayudaba a abrir los portales hacia dimensiones desconocidas, en unión con lo inefable. Solo él sabía cómo hacer para que las notas de su saxofón se convirtieran en sortilegios, en conjuros capaces de transportar a los que le escuchaban a estados alterados de conciencia.

Una noche, sin embargo, el saxofón de Louis se sumió en el silencio. Desapareció como una sombra que se desvanece en la penumbra, sin dejar más rastro que el eco de sus notas suspendidas en el aire. El French Quarter, acostumbrado al desgarrro y la melancolía del *jazz*, quedó sumido en un silencio gélido, como si la esencia misma de la ciudad se hubiera desvanecido con él. Cuentan que en las noches de niebla, cuando la bruma se desliza sigilosa por los callejones como un espíritu errante y los gatos negros acechan entre las sombras como guardianes nocturnos, su saxofón, ahora un fantasma en las manos del viento, entona una melodía etérea y melancólica que parece surgir de algún lugar entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

PILAR LLADA CIENFUEGOS (Madrid, España). Doctoranda en Literatura Hispanoamericana y graduada en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid (UCM), España, máster en Estudios Hispánicos y máster en Formación del Profesorado. Profesora universitaria de lengua española y literatura, ha publicado varios relatos, ensayos, artículos y libros en su área académica. Profesora de español para extranjeros en España hasta 2017, cuando comenzó a radicar en China. Actualmente, se desempeña como docente e investigadora en Shenzhen University (SZU), China.

Recibido: 31 de mayo de 2024

Aprobado: 2 de diciembre de 2024



Old school Mermaid (2023). Técnica digital en tableta: Luis Tonatiuh Téllez-Colín.

Prohibida su reproducción en obras derivadas.